

SEPTIMA CARTA PASTORAL

QUE EL ILLMO. SR. DR.

D. Ramón Ibarra y González,

DIRIGE

Al Clero y fieles de la Diócesis de Chilapa

SOBRE

"El respeto y amor que se debe á los Sacerdotes."



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
FONDO ESPECIAL
VALVERDE Y TOLLEZ

EX874

.I2

S4

1894

c.1

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tollez

PUEBLA.

PRESENTA DEL COLEGIO PÍO DE ARTES Y OFICIOS,
Bóvedas de la Compañía núm. 8.

1894



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

42251

3



3X874

.12

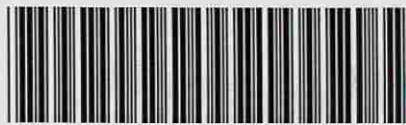
64

1894

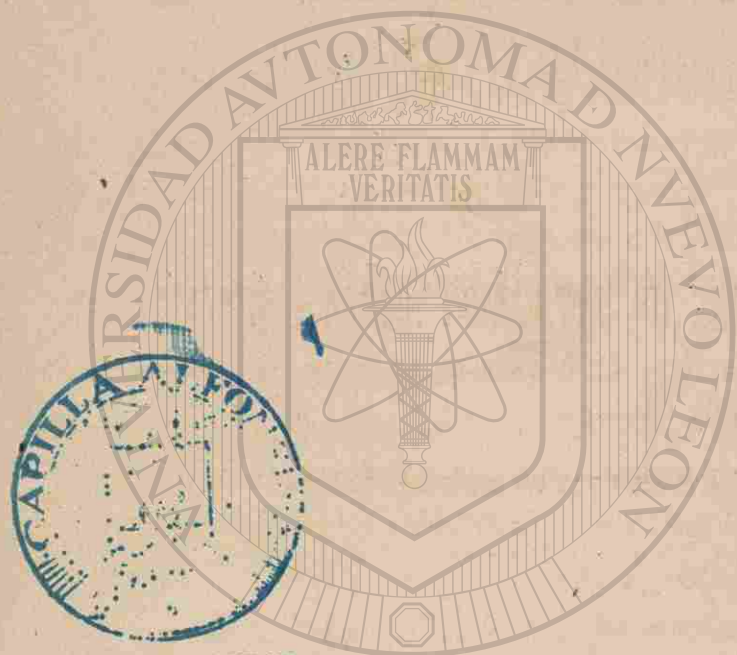
C.1

3





1080027617



FONDO E. JETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NOS EL DOCTOR DON RAMON IBARRA Y GONZALEZ,
por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica
Obispo de Chilapa.

Á NUESTRO M. I. PROVISOR Y VICARIO GENERAL, Á
LOS VV. PÁRROCOS Y ECLESIASTICOS Y Á TODOS LOS
FIELES DE NTRA. DIÓCESIS, SALUD, PAZ Y BENDI-
CIÓN EN EL SEÑOR.

"Sic nos existimet homo ut ministros Christi
et dispensatores ministeriorum Dei."
Ep. 1ª B. Paul Ap. ad Cor. c. 4, v. 1.

La Iglesia Católica, fundada por Jesucristo para continuar entre los hombres su misión divina, va siguiendo serena al través de los tiempos su gloriosa carrera, en medio de las olas de las persecuciones, que con furia se levantan en torno suyo para combatirla. Diez y nueve siglos lleva de existencia, y durante ese largo periodo su historia, que es la historia de sus luchas y de sus triunfos, ostenta en sus brillantes páginas la más espléndida confirmación de aquella solemne promesa del

005103

BX874
•I2
S4
1894

Salvador: "*Et portae inferi non praevalerunt adversus eam.*" Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Esta perenne vitalidad de la Iglesia, que nace de la palabra omnipotente de Dios, si bien es un motivo de grandísimo consuelo para los fieles, porque es la mejor garantía que puede darse de su conservación, no dispensa, sin embargo, á los Obispos del sagrado deber que tienen de salir al encuentro del error, cuando intenta inficionar el campo de la Iglesia, y de combatirlo con las armas santas é invencibles de la verdad y del amor. "Te conjuro, decía el Apóstol San Pablo á su amado discípulo Timoteo, delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar vivos y muertos, al tiempo de su venida y de su reino, predica la palabra de Dios con toda fuerza y valentía, insiste, con ocasión y sin ella, reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina, porque vendrá tiempo en que los hombres no podrán sufrir la sana doctrina, sino que teniendo una comezón extremada de oír cosas que lisonjeen sus pasiones, recurrirán á una caterva de doctores propios, para satisfacer sus desodernados deseos, y cerrarán sus oídos á la verdad y los convertirán á las fábulas. (1.)

Estos tiempos, venerables hermanos é hijos muy amados en Jesucristo, desgraciadamente han llegado. Por todas partes no se oye más que la voz de la impiedad propagando sus perniciosas doctrinas, bajo el falso brillo de civilización y progreso.

1. Ep. 2^a B. Paul. Ap. ad Timoth., c. 4, v. 1 et seq.

Ni es sólo un dogma particular lo que combate, es todo el conjunto de verdades reveladas; y para asegurar su victoria de una manera completa y decisiva, dirige sus dardos venenosos contra los ministros del santuario, que en el orden común de la Providencia son el fundamento y sostén de la religión.

Por esto sus maquinaciones todas se enderezan en la actualidad á atacar al Sacerdocio y á arrancar del corazón de los fieles la veneración y el amor que se le debe. A este fin, vilipendia en primer lugar su dignidad, desconociendo su origen divino y los privilegios augustos que de allí brotan. Desprestigia su ministerio, desentendiéndose de su verdadera índole, y haciéndolo aparecer como una profesión cualquiera meramente lucrativa. Desconoce, finalmente, sus beneficios, presentando al Sacerdote como al padre de la ociosidad, de la ignorancia y del fanatismo. ¿Qué hacer, venerables hermanos é hijos muy amados en el Señor, ante estas maquinaciones de la impiedad? Creemos que, para evitar sus funestos resultados, es necesario recordar á los fieles la grande excelencia del Sacerdocio, tal como fué instituido por Jesucristo, y presentar ante sus ojos el grandioso cuadro de los bienes que de él reciben. Esto es lo que nos proponemos hacer brevemente en la presente carta pastoral, en la que os demostraremos: 1^o, que el Sacerdote es digno del mayor respeto, porque la dignidad de que está investido es la más augusta que puede Dios conceder á un hombre; 2^o, que es digno del mayor amor, porque el Sacerdocio

es á la vez el beneficio más insigne que pueda Dios otorgar á la sociedad.

I.

En efecto, es un principio reconocido en todas las naciones que la dignidad y excelencia de un representante se mide por la dignidad y excelencia de la persona á quien representa. Conforme á este principio, las legislaciones de todos los pueblos han decretado en sus códigos honores y distinciones á los embajadores de los gobiernos, y reputan hechos á la nación que representan, tanto los homenajes que se les tributan como las ofensas con que se mancilla su autoridad. Supuesta esta doctrina, si queremos estimar en su verdadero valor la dignidad del Sacerdote, será necesario que, salvando las riberas de este mundo, subamos con el Discípulo amado hasta el trono de Dios. Allí veremos á Jesucristo, vencedor del infierno y de la muerte, eclipsando con su gloria todas las dignidades del mundo y llenando la inmensidad de los cielos con el brillo de su poder. Con letras de refulgente luz se vé escrito en sus muslos que es Rey de los reyes y Señor de los que dominan. (1) Ante su trono, que descansa sobre la eternidad, pasan presurosos los siglos sin conmoerlo, repitiendo solamente en su carrera el cántico de honor y bendición que entonan á su nombre todos los pueblos de la tierra. [2] El cetro de su reino es la

1. Apoc. c. 19, v. 16.

2. Ep. B. Paul ad. Haebr. c. 1, v. 8.

vara de la equidad, cuyo amor forma las delicias de su corazón. Ministros de su corte son los espíritus celestiales, que no se cansan de contemplar la hermosura de su rostro y que tienen á grandísima honra prestarle su humilde vasallaje. Ni debemos admirarnos de esto, porque Jesucristo, autor del Sacerdocio, es el Hijo de Dios engendrado por el Padre antes de todos los siglos, es el esplendor de su gloria y la figura de su sustancia, el heredero universal de todas las cosas por quien hizo también los tiempos. (1)

Ahora bien; si es tanta la grandeza de Jesucristo, ¿cuánta no será la dignidad del Sacerdote, que ha sido constituido por Él embajador suyo, para tratar en la tierra todos los negocios é intereses divinos? *Pro Christo legatione fungimur tanquam Deo exhortante pro nos.* (2)

El mismo Jesucristo, después de haber conferido á sus discípulos esa augusta dignidad, quiso manifestarnos de una manera sensible la grande estima que hacía de ella. Transportémonos, en efecto, al Cenáculo, y observemos atentamente las pruebas de distinción y de amor que nuestro Divino Maestro dió á sus Apóstoles en la noche solemne de la última cena. Apenas sus labios divinos pronunciaron aquellas sublimes palabras *Hoc facite in meam commemorationem*, por las cuales instituyó el Sacerdocio, cuando á uno de sus discípulos le estrecha

1. Ep. B. Paul ad Haebr., c. 1.

2. Ep. B. Paul ad Cor. 2^a, c. 5, v. 20.

dulcemente sobre su pecho, para hacerle sentir la inmensidad del beneficio que acaba de conferirles. Llama á todos con el dulce y delicado nombre de "hijitos míos," y les declara que el amor que les profesa es como el amor que le tiene su Padre celestial: *Sicut dilexit me Pater, et ego dilexi vos*. Y como si esto no fuese aún bastante para significar la grande estima en que tenía al Sacerdocio, les dice que para ellos no tiene secreto alguno, porque siendo los confidentes mas íntimos de su corazón, les ha maifestado todo lo que Él ha oído de su Eterno Padre: *Omnia quaecumque audivi a Patre meo, nota feci vobis* (1); y que si bien como hombres destituidos de talentos y riquezas y llenos de imperfecciones eran tal vez despreciables á los ojos del mundo, como sacerdotes eran para Él dignos de la misma honra que se debe á su sagrada persona; por lo cual les dice: "El que á vosotros oye á Mí me oye, y el que á vosotros desprecia á Mí me desprecia." *Qui vos audit me audit, qui vos spernit me spernit.* (2)

¡Oh sublime lenguaje del Salvador, de cuánta honra y gloria has cubierto al Sacerdocio!

Después de esto, no hay que admirarse de que los Santos Padres, para darnos una idea de esta augusta dignidad, hayan agotado, por decirlo así, todos los encantos de la elocuencia. "No hay cosa más excelente y sublime en este mundo, dice

1. Ev. St. Joan., c. 13.

2. Ev. St. Luc., cap. 10, v. 16.

San Ambrosio, como la dignidad del Sacerdote. La dignidad de los reyes y de los emperadores comparada con ella es como el plomo al oro purísimo y la tierra al cielo." "Cosa verdaderamente grande y admirable, exclama San Bernardo, es ser ministro de Jesucristo y dispensador de los misterios de Dios. Nada hay que pueda compararse con esta augusta dignidad. Al contemplarla, los cielos se asombran, la tierra se llena de admiración, tiemblan los hombres y los ángeles cubren sus rostros en señal de respeto." Si recorremos, dice otro autor (1), las dignidades que hay en el cielo y en la tierra, no encontraremos una que sea superior á la del Sacerdote, exceptuando á solo Dios. En vano la buscaremos entre los profetas: el mayor de todos ellos, el Precursor del Señor, tuvo, es verdad, la dicha de poner su mano sobre la augusta cabeza de Jesucristo y de señalarlo con el dedo; mas el Sacerdote le tiene todos los días en las manos, le consagra con sus palabras, y dice con toda verdad: *Hé aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo*. ¿Quizás entre los Angeles ó encumbrados Serafines hallaremos una dignidad igual á la del Sacerdote? Pero me engaño. Pues si bien es cierto que el Profeta Malaquías le llama "Angel del Señor de los ejércitos," porque como dice San Juan Crisóstomo: "*el Sacerdote es un embajador que no habla en nombre suyo, sino en nombre y persona de Dios; y así despreciarle no sería despreciar á un hombre, sino á Dios que*

1. Mach. Tesoro del Sac., pág. 14.

2. p.

lo ha enviado;" no obstante ¿á qué Angel fué jamás otorgado el pasmoso poder de perdonar los pecados y de consagrar el cuerpo y sangre de Jesucristo? ¿Y la augusta Madre de Dios no será en poder y dignidad superior al Sacerdote? Sin duda, cuanto ha obrado el brazo omnipotente del Altísimo en las demás criaturas no tiene comparación con las grandezas que obró en Vos, oh Madre mía; mas, con vuestra licencia y con el acatamiento debido á vuestra Majestad, lo diré con uno de vuestros más regalados hijos, S. Bernardino de Sena: "El Sacerdote os aventaja todavía en potestad: hablasteis, y el Verbo se encarnó una sola vez en vuestras purísimas entrañas; habla el Sacerdote, y se encarna de nuevo todos los días en sus manos el mismo Jesucristo, no mortal y pasible como Vos lo concebisteis, sino impasible, inmortal y glorioso como está en los cielos. Y si hallándose próximo á expirar, vuelve á vos su vista el pecador invocando vuestro valimiento para con Dios, no le sabréis dispensar mayor gracia que la de concederle un Sacerdote que le absuelva de sus pecados y crímenes. Vos misma no podéis perdonárselos; pero irá ese Sacerdote revestido del poder de vuestro Hijo, y por indigno que sea, dirá: *Ego, te absolvo*, y el más infeliz de los hombres quedará al instante hecho hijo de Dios y heredero felicísimo del cielo." Con razón el gran Constantino en el Concilio de Nicea no quiso ocupar sino el último puesto después de los Sacerdotes, y se negó á tomar asiento, sin haber obtenido antes su permiso. Con razón San Fran-

cisco de Asís, que por humildad rehusó toda su vida el honor del Sacerdocio, decía: "Si encontrare juntos á un Angel y á un Sacerdote, primero doblaría la rodilla ante el Sacerdote y después ante el Angel." Todo esto se explica perfectamente; porque el Sacerdocio es la dignidad más grande que Dios puede conceder á un hombre sobre la tierra.

II.

Pero no es sólo esto; el Sacerdocio es también el beneficio más insigne que Dios pueda otorgar á la sociedad. En efecto, ¿cuál es la misión del Sacerdote? No lo preguntemos á los hombres carnales, que todo lo ven bajo el prisma del interés; preguntémoslo á Jesucristo, que lo ha instituido, y Él nos dirá: que la misión del Sacerdote no es otra que la misión que Él trajo al mundo de su Padre celestial. Nos refiere, en efecto, la Santa Escritura (1), que estando próximo á subir á los cielos, se apareció á sus discípulos, y después de saludarlos con aquellas sentidas palabras, "Pax vobis," les dijo con el acento propio de un Dios: *Se me ha dado todo poder en los cielos y en la tierra; como el Padre me envió, así os envió á vosotros; id por todo el mundo, predicad el Evangelio á toda criatura enseñándoles á observar todo lo que Yo os he mandado; el que creyere y fuere bautizado, será salvo; el que no creyere, será condenado. Hé aquí que Yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación*

1. Ev. S. Math., 28, v. 18. S. Joan., c. 20, v. 21.

de los siglos. Supuesto esto, ¿queréis saber los beneficios que el mundo debe al Sacerdocio? Recorred, aunque sea brevemente, los beneficios que ha recibido con la misión de Jesucristo. Todavía se escuchaban en el paraíso los ecos de la justicia de Dios, cuando resonó por vez primera la promesa del futuro Redentor, que quebrantaría la cabeza de la serpiente. Al través de los siglos fué trasmitiéndose esta consoladora promesa, como el legado más precioso del cielo. Los Patriarcas la anunciaban con júbilo á sus hijos y le dirigían sus más fervientes votos. Los Profetas con el fuego santo de su inspiración trazaban el grandioso cuadro de sus victorias, y cada una de sus palabras caía en el mundo como un precioso rocío, que despertaba los más vehementes deseos por su venida. Pero el mayor de todos los profetas, San Juan Bautista, resumía en una sola frase los beneficios sin cuento que el mundo debía recibir con la venida del Salvador, cuando señalando una vez á Jesucristo dijo: *Hé aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo* (1). Según estas palabras, Jesucristo vino al mundo á quitar los pecados, es decir, á quitar á la sociedad la causa de todas sus miserias, porque escrito está: que la justicia eleva á las naciones y el pecado hace miserables á los pueblos: *Justitia elevat gentes, miseros autem facit populos peccatum* [2]. ¿Y cuáles son estas miserias que el pecado produce en la sociedad? El pro-

1. Ev. Sn. Juan, e. 1, v. 29.

2. Prov. c. 34. vr. 4.

feta Isaías [1] las llama *sombras de la muerte*, porque así como en el orden físico no hay mal más grande que la muerte, porque por ella se pierde la vida y el hombre queda convertido en un foco de corrupción intolerable; de la misma manera, en el orden moral, por el pecado perdió el mundo la vida de la gracia y quedó sujeto á la corrupción que engendran los vicios. ¡Qué cuadro tan espantoso nos presenta la sociedad bajo el terrible yugo del pecado! Es como un cadáver: no hay vida en su entendimiento, porque en vez de los hermosos resplandores de la verdad que alimentan la vida intelectual, no se palpan más que las espesas tinieblas del error, que es la muerte de la inteligencia; no hay vida en su voluntad, porque separada de las deliciosas sendas de la virtud, que la conducen á Dios, cae en manos de crueles verdugos, cuales son las pasiones, que la hieren de muerte en sus más nobles sentimientos; no hay vida en su cuerpo, porque por el pecado se perdió el privilegio grandioso de la integridad, y las enfermedades y la muerte vinieron á ser su patrimonio legítimo. Y de estos grandes focos de miseria se desbordó un caudaloso torrente de corrupción, que invadió á la sociedad en todo su organismo y circuló por todas sus venas. Se corrompió el poder público, convirtiéndose de representante de la Providencia de Dios en el tirano más cruel del mundo; se corrompió la autoridad doméstica, trasformándose la mujer, de dulce compañera del hombre,

1. Isa. c. 9, v. 2.

en su más vil esclava; se corrompieron las mútuas relaciones de los hombres entre sí, transformándose de un pueblo de hermanos en enemigos encarnizados; en fin, por el pecado perdió la sociedad todo el conjunto de bienes que constituyen su verdadera grandeza y quedó sumergida en un océano insondable de miserias.

Ahora bien; de este abismo sin fondo de miserias vino Jesucristo á sacar á la sociedad, y con Él el Sacerdocio católico, que es el continuador de su misión divina. Allá en la cima del Calvario, llevando sobre sus hombros santísimos todas las iniquidades del mundo, se ofreció á su Eterno Padre como víctima de expiación por todos nosotros, y esa sangre divina que brotó de sus llagas sacratísimas reconcilió al mundo con Dios, y formó al pié del Calvario un océano de gracias y bendiciones para curar á la sociedad, mucho más vasto y abundante que el mar de miserias producido por el pecado. *Ubi abundavit delictum superabundavit et gratia* [1].

De ese océano inmenso de bendiciones y de gracias se levantó, primeramente, el Iris hermosísimo de la paz, formado con los gloriosos resplandores de la Cruz, anunciando á todo el mundo estar ya consumada la reconciliación entre el cielo y la tierra. *Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi*, (2) y el Sacerdote es el encargado de reproducir todos los días so-

1. Ep. ad. Rom., c. 5, v. 20.

2. Ep. 2.^a ad Cor., c. 5, v. 19.

bre nuestros altares ese Iris divino desde el Oriente al Occidente, desde el Septentrión al Mediodía, como lo había anunciado el Profeta. *In omni loco sacrificatur, et offertur nomini meo oblatio munda* (1). Es por esto, que para desempeñar misión tan sublime, veréis á los ministros del Santuario penetrados de santo recogimiento dirigirse diariamente á la casa del Señor; y allí, haciendo uso del admirable poder que recibieron en la noche de la última cena, al breve acento de su palabra hacen descender de los cielos á Jesucristo, velado bajo las especies sacramentales. ¡Qué cuadro tan imponente se verifica en esos momentos! Desde la hostia consagrada que tiene el Sacerdote en sus trémulas manos, y á quien adoran entre el humo del incienso innumerables Querubes, dirige Jesucristo á su Eterno Padre la misma oración que brotó de sus labios moribundos en el patíbulo de la Cruz. “Yo te ofrezco, Padre Santo, le dice, el cáliz de amargura que bebí gustoso por los hombres, y cuya memoria te recuerda el estado humildísimo de Víctima en que me ves reducido. Este anonadamiento á que voluntariamente me he sujetado, para aplicar al mundo los méritos de mi pasión santísima, recíbelo por manos del Sacerdote como un reconocimiento solemne de tu soberano dominio, ultrajado tantas veces por los pecados de los hombres: acéptalo como un cántico de acción de gracias, el más puro que pueda brotar de mis labios por los beneficios que sin

1. Mal., c. 1, v. 11.

cesar les dispensas, y como una fervorosa súplica, para que no ceses de derramar sobre la tierra la lluvia de tu gracia y los inestimables tesoros de tu Providencia paternal.”

Esta oración de Jesucristo, que cual aroma de suavísimo olor sale de la hostia consagrada, penetra los cielos, llega hasta el trono de Dios y desciende inmediatamente á las manos del Sacerdote trasformada en raudales de bendiciones que se derraman sobre la tierra.

Por ella se desarma el brazo de la Justicia divina irritada contra los pueblos; por ella las lluvias fertilizan los campos y los cubren de rica mies; por ella los imperios gozan de paz y las familias de tranquilidad; por ella, en fin, se nos conceden todos los bienes que disfrutamos en este mundo.

Concluido el Santo Sacrificio de la Misa, el Sacerdote se dirige al Sagrario. Si le preguntáis qué es lo que va á hacer, os responderá que va á cumplir otro encargo solemne de Jesucristo, que es un nuevo beneficio y de grandísima importancia para la sociedad. Ya recordaréis, en efecto, que estando para separarse de este valle de lágrimas nuestro divino Maestro, nos ofreció que no nos dejaría huérfanos: *Non relinquam vos orphanos*. Pues bien; el Sacerdote, conservando á Jesucristo en el tabernáculo, es quien nos proporciona esta grande dicha. A él debemos tener entre nosotros de día y de noche á nuestro adorable Salvador y recibir desde esa silenciosa morada sus santas inspiraciones. A él poder disfrutar de las finezas de su

Corazón purísimo y ser guiados, como por buen Pastor con sus sibildos divinos por los senderos escabrosos de esta vida. A él, finalmente, podernos alimentar con el cuerpo y sangre de Jesucristo, manjar celestial que produce los Santos y cubre el campo de la Iglesia de exquisitas flores espirituales. Esto bastaría para que el mundo mirase al Sacerdote como á su más insigne bienhechor. Pero no es esto sólo. De ese mismo océano de gracias, formado al pié del Calvario por la sangre de Jesucristo, nace una luz hermosísima, que es la luz de la verdad, destinada á restituir á la inteligencia la vida que había perdido por el error, y el Sacerdote es el encargado por Jesucristo para derramar sus resplandores por todo el mundo. *Vos estis lux mundi* (1). ¡Qué espectáculo tan grandioso nos presenta en el desempeño de este augusto ministerio! A la manera de un Angel que desciende de los collados eternos, sin más armas que el crucifijo clavado en el pecho, vedlo surcar intrépido los hirvientes mares, atravesar los áridos desiertos, penetrar por las umbrosas selvas y hacer sentir el eco de su voz en todos los lugares de la tierra, desde el soberbio palacio de los Césares hasta la humilde cabaña del pastor. *In omnem terram exhibit sonus eorum et in fines orbis terrae verba eorum* (2). ¿Y qué es lo que enseña este heraldo del Evangelio? Es la misma doctrina que brotó de los labios purísimos de Jesucristo, tan sublime, tan amable, que todas las riquezas de este mundo y

1. Math., c. 5, v. 4.

2. Ps., c. 18, v. 5.

cuantas cosas pueden desearse no son comparables con ella. Colocando su cátedra bajo la sombra de la Cruz, destruye el Sacerdote la Idolatría, dando á la sociedad nociones exactas y grandiosas sobre Dios. Él nos lo muestra como un Ser único en su Naturaleza y Trino en las Personas; de un poder tan admirable, que al solo acento de su voz hizo salir de la nada la tierra con todas sus maravillas y los cielos con su magnificencia y hermosura; de una Providencia tan amorosa, que extiende sus paternales cuidados desde el más encumbrado Serafín hasta los pajarillos de los bosques y los lirios de los campos. Destruye con su palabra los monstruosos sistemas de los trasformistas, que tanto degradan nuestro origen, haciéndonos remontar hasta el paraíso terrenal y mostrándonos allí á un Dios, que con singular cuidado forma del barro de la tierra el cuerpo del primer hombre é infunde en su rostro un espíritu de vida, en el que reverberan los esplendores de la Trinidad Beatísima. Destruye el Materialismo, levantando los velos que cubren las riberas de este mundo y haciéndonos entrever las regiones de la celestial Jerusalén, mansión eterna de los justos, cuya hermosura saludaron desde este valle de lágrimas con trasportes de júbilo el santo anciano Tobías en su penoso cautiverio y el Discípulo amado en la isla misteriosa de Patmos. Destruye el Sensualismo, que roba al sufrimiento todos sus encantos. Sufre, dice el Sacerdote, con resignación cristiana las miserias de esta vida: cada lágrima que brote de tus ojos, cada suspiro que

se arranque de tu pecho, si están vivificados con esa virtud, son semillas celestiales que los ángeles siembran en el paraíso; y cuando tu alma, libre de las ligaduras del cuerpo, penetre en esas mansiones de felicidad, encontrará tus lágrimas, penas y suspiros trasformados en hermosísimas flores, que formarán la corona inmarcesible de tu gloria. Y de esas regiones tan sublimes de la verdad pasa el Sacerdote á iluminar con sus enseñanzas el santuario augusto de la moral. Dirigiéndose en primer lugar á los Príncipes, les recuerda que son los ministros de Dios en la tierra, puestos para ejercer su Providencia adorable; labrando la felicidad temporal de los pueblos por medio de la defensa de la religión, el aseguramiento de la paz y el respeto á los derechos legítimos. A los esposos, que deben ser modelo fiel del matrimonio místico entre Jesucristo y la Iglesia, cuyos castos y purísimos amores celebra el Espíritu Santo en el Sagrado Libro del Cantar de los Cantares. A los amos y á los criados pone delante de sus ojos el ejemplo del gobierno amoroso de Dios con los hombres y la humildísima sujeción de Jesucristo á su Eterno Padre. En una palabra, el Sacerdote expone toda la moral cristiana, que purifica con las llamas del amor el organismo entero de la sociedad y hace circular por sus venas la savia divina de todas las virtudes. ¡Qué beneficios tan grandiosos para la sociedad! Ante ellos no podríamos menos que exclamar con el Espíritu Santo: (1) *¡Qué hermosos*

1. Isaías, c. 52, v. 7.

son los piés de los que evangelizan la paz, de los que evangelizan el bien!

Pero no se detiene aquí la benéfica influencia del Sacerdote. Del mismo océano de gracias que baña las rocas del Calvario brota á raudales el óleo santo de la caridad; y el Sacerdote es igualmente el encargado por Dios para aplicarlo á las demás miserias del mundo. Por esto es que desde la santa montaña en donde flamea el estandarte de nuestra redención, envuelto en los resplandores del amor, dirige el Sacerdote á todas las naciones la misma invitación de Jesucristo: *Venid á Mí todos los que estáis atribulados con el peso de vuestras miserias, que Yo os aliviaré y encontraréis el reposo para vuestras almas* [1].

¡Qué cuadro tan patético se desarrolla en el mundo al sentirse estas amorosas palabras! Un rayo de esperanza y de alegría, mucho más bello que el crepúsculo de la mañana asoma en el semblante de todos los desgraciados, pues les parece que ya vuelven aquellos días venturosos, en que el Hijo de Dios, recorriendo la Judea, hacía por todas partes el bien sanando á los oprimidos y todos los dolores. Por eso, entre la muchedumbre innumerable de desgraciados que oyen el llamamiento del Sacerdote, acuden en primer lugar los pecadores agobiados con el enorme peso de sus crímenes. Al verlos venir, baja el Sacerdote de la santa montaña, los espera en el Tribunal de la Penitencia, y como el padre del hijo pródigo abre sus brazos

1. Math. c. II, v. 28.

para recibirlos, mezcla sus lágrimas con las suyas, y al pronunciar las sublimes palabras de la absolución, que los Angeles recogen con santo arrobamiento, caen á pedazos las cadenas del pecado, se visten con la hermosa estola de la gracia, y una santa alegría, fruto de la reconciliación con Dios, inunda su corazón y se refleja en sus semblantes.

¡Cuántos beneficios recibe la sociedad de este augusto ministerio! A él se deben la paz de las conciencias, el restablecimiento del orden en las familias y la reparación de todos los escándalos que produce el pecado. A él se debe también el generoso brío con que las almas recorren el camino de la virtud. Sí, á ti, oh Sacerdote, deben las vírgenes el haber renunciado á los placeres de la carne y poblar los claustros, formando una de las glorias más admirables de la Iglesia. A ti, los confesores el odio santo á las comodidades del mundo, hasta llegar á ser por los rigores de la penitencia sublimados á nuestros altares. A ti, en fin, todas las almas que forman las delicias de la Religión te deben la seguridad de sus pasos, el aliento en los combates, y el bálsamo purísimo del consuelo en sus penalidades y amarguras.

Después de los pecadores, corre presurosa á la invitación del Sacerdote la juventud ávida de saber, y levantando hacia él sus manos le pide el beneficio precioso de la instrucción. Oye el Sacerdote su súplica, baja de la santa montaña, y recibe gozoso en su amante seno á esa porción escogida de la socie-

dad; y sin perdonar sacrificios ni desvelos, se consagra desde luego á su educación é instrucción, introduciéndola en las hermosas sendas de la sabiduría, hasta hacerle gustar sus sazonados frutos. ¡Cuánto debe la sociedad en esta parte al Sacerdote! Desde la fundación de la Iglesia, él ha sido el guardián celoso de las ciencias y su más insigne protector. ¿Quién podrá enumerar los establecimientos de instrucción creados por el Clero: quién los sacrificios sin cuento que tuvo que hacer en la Edad Media para salvar los monumentos científicos del naufragio inminente con que los amenazaba la barbarie: quién podrá estimar como se debe la vasta instrucción y abnegación extraordinaria de tantos hombres ilustres y congregaciones religiosas, que han florecido en su seno, y que han tenido por divisa instruir á la juventud en todos los ramos del saber humano?

Mirad entre esa pléyade de esforzados Sacerdotes á un San Ignacio de Loyola con su ilustre Compañía. Es tanto el empeño y acierto que despliegan en la enseñanza, que su nombre se hace célebre por todo el mundo, las bibliotecas se llenan con sus obras, y no hay ramo del saber humano que no se gloríe de tener á un jesuita entre sus más insignes promovedores. Por esto, un escritor moderno ha dicho: "Si se perdieran todos los libros que hoy existen, excepto los escritos por jesuitas, nada absolutamente ó muy poco perdería ninguna clase de ciencias, pues son la más extensa enciclopedia de todos los cono-

cimientos humanos." (1) Mirad también á un Santo Domingo de Guzmán con la ilustre Orden de Predicadores, llevando en su seno al sol de todas las ciencias, Santo Tomás de Aquino, que con los fulgores de su saber ilumina hasta los últimos confines de la razón. Y juntamente con estos esclarecidos personajes, mirad á un San Juan de Calazans, á un Antonio Zacarías y á un Juan Bautista la Salle, fundadores respectivamente de los Escolapios, Barnabitas y Hermanos de las escuelas cristianas; y en nuestros tiempos á un Don Bosco, fundador de los Salesianos en las hermosas regiones de la Italia, y al célebre Padre D. Enrique de Ossó, fundador de la Compañía de Santa Teresa de Jesús en las majestuosas montañas de Cataluña. No parece sino que Dios, para gloria de su Iglesia, ha querido que los Sacerdotes sean en medio de la sociedad como los astros del firmamento que derraman su luz por todo el universo.

Atraídos, finalmente, por esa amorosa invitación, vienen en busca del Sacerdote las personas más despreciables á los ojos del mundo, tales como los ancianos decrepitos cargados con las miserias de la vejez, los pobres enfermos destituidos de todo consuelo, los infelices esclavos que gimen bajo el peso de su servidumbre, y hasta los inocentes niños á quienes la indolencia de sus padres expone á los rigores de la muerte ó al infortunio de la orfandad. Ante este cuadro el corazón del Sa-

1. Perujo. Man. del Apol. tom. 2, pág. 247.

cerdote se estremece; pero recordando que su divino Maestro mostró en su vida pública predilección por remediar estas miserias, corre al encuentro de estos desgraciados y cual madre tierna y cariñosa los acoge en su amante regazo. Sí, mirad que ya baja de la santa montaña un San Juan de Dios con su benéfica institución de los Hermanos de la Caridad, institución que en sólo el año de 1683 recibió en sus hospitales á sesenta y dos mil setecientos veintisiete enfermos, gastando en su curación dos millenes trescientos ochenta y siete mil ciento cincuenta y nueve francos, sin contar con las medicinas que se les suministraban de fuera gratuitamente [1]. Bajan también un San Juan de Mata, un San Félix de Valois y un San Pedro Nolasco, fundadores los primeros de los Trinitarios y el segundo de la Orden de Nuestra Señora de la Merced para la redención de los cautivos; y sólo estas dos órdenes tienen la gloria de haber roto las cadenas de la esclavitud á un millón cuatrocientos mil esclavos (2). Baja también un San Vicente de Paul, que no contento con los heroísmos de celo que ejercita personalmente, instituye la admirable Congregación de las Hermanas de la Caridad, que cual ángeles del cielo vuelan por todo el mundo, recogiendo bajo las alas del amor á todos los desgraciados, sin distinción de nacionalidad, profesiones ó creencias. Por esto, en la famosa guerra de Crimea, llamadas

1. *Il Clero Catolico e la Civiltà*, tom. 3, pág. 783.

2. *La misma Obra*, tom. 3, pág. 656, nota.

por los ingleses para que atendiesen á sus heridos, las heroicas hijas de San Vicente, en medio del fragor de los combates, decían al oído de los moribundos protestantes, que se admiraban de tanta abnegación: "Que si el cisma del lujurioso Enrique VIII pudo romper la unión de la tierra de los Santos con la Iglesia Católica, no pudo destruir en el corazón de los católicos los sentimientos de la fraternidad." Y para concretarnos á nuestra época, ¿quién no ha oído hablar del célebre Cardenal Lavigerie, que ha formado una numerosa cruzada para destruir la esclavitud en Africa, y del admirable Padre Damian, que ocultó su existencia en la isla de Molokai, para consagrarse por completo y durante toda su vida al cuidado de los leprosos?

Y estos beneficios tan insignes los produce el Sacerdocio en donde quiera que enarbola el estandarte de Jesucristo. Mirad á nuestra patria; preguntadle á quién debe los principales establecimientos de beneficencia que tanto la honran, y ella os responderá señalándolos en sus muros, escritos con caracteres que la mano destructora del tiempo no se atreve á tocar, los gloriosos nombres de los Palafox, de los Alcalde, de los Vasco de Quiroga y de otros muchos ilustres Sacerdotes, que llenos del celo de los primeros misioneros que evangelizaron nuestra patria, no han cesado de enriquecerla con esas obras admirables que sabe producir la caridad cristiana, dando con esto un solemne mentís á los que quieren presentar al Sacerdote como

al padre de la ociosidad, de la ignorancia y del fanatismo.

¡Salve, oh Sacerdocio de Jesucristo! Tú eres ese astro de primera magnitud, que Dios ha puesto en medio de la sociedad, para que la ilumines y vivifiques con tu celestial influencia. Sin tí todo es tinieblas y corrupción; contigo todo es luz y progreso. Los resplandores de tu doctrina iluminan el mundo y embellecen y dilatan los horizontes de la ciencia. El fuego de tu caridad dulcifica las penalidades de esta vida y hace suave y seguro el sendero que conduce al cielo. Nada importa que los impíos te maldigan; los pueblos todos de la tierra bendicen tu nombre y te proclaman á la faz de las naciones, no sólo como la dignidad más augusta, sino también como el beneficio más insigne que pueda Dios otorgar á la sociedad.

III.

De todo lo que hasta aquí acabamos de manifestaros, ya podréis comprender perfectamente cuán errados andan los que consideran el Sacerdocio como una profesión cualquiera meramente lucrativa. No, el Sacerdocio no es una profesión, es una misión divina, y toda celestial, que se identifica con la misma misión del Hijo de Dios, de quien son representantes y embajadores suyos los Sacerdotes.

Ni esta misión se recibe, según el espíritu de Jesucristo y de la Iglesia, para formar fortuna, como vulgarmente se dice, sino para hacer participante á la sociedad de una manera estable y perfecta de los beneficios de la Redención por

medio del espíritu de sacrificio y de las altas funciones del Sacerdocio. Es verdad que el Sacerdote, como hombre que es y no ángel, tiene necesidad de conservar su vida por los medios ordinarios que ha establecido la Providencia para los demás hombres. Y por esto tiene derecho de exigir de los fieles que le suministren, según los modos que ha determinado la Iglesia, los elementos necesarios para una sustentación congrua y decorosa. “Si nosotros, decía el Apóstol San Pablo á los de Corinto, hemos sembrado entre vosotros bienes espirituales, ¿será gran cosa que recojamos un poco de vuestros bienes temporales? ¿No sabéis que los que sirven en el templo se mantienen de lo que es del templo, y que los que sirven al altar participan de las ofrendas? Así también dejó el Señor ordenado, que los que predicán el Evangelio vivan del Evangelio.” [1]

Pero para que no se confunda este derecho sagrado con el que resulta del ejercicio de una profesión cualquiera, la Iglesia no cesa de inculcar á sus ministros (2) que, cubiertas las necesidades que reclaman su congrua y decorosa sustentación, empleen el resto de los frutos de sus beneficios en obras de caridad y de celo, anhelando que todos pudieran responder á los que codician sus riquezas lo que contestó el glorioso San Lorenzo al Prefecto del Emperador Valeriano: “Ven á ver, le dijo, los tesoros que guardo. Aquí tienes esta muchedumbre

1. Ep. I.ª ad Cor., c. 4, v. 11.

2. Sanguineti, Instit. Juris Eccl., pág. 141.

de pobres, ciegos, cojos y estropeados que mantiene la Iglesia. Estos son sus riquezas; aprovéchate de ellos para Roma, para el Emperador y para tí mismo." Afortunadamente, con raras excepciones, se ponen en práctica estas sabias y santas advertencias, y de aquí resulta que el Clero católico se convierte en una fuente riquísima de toda clase de bienes, al grado de poderse llamar con toda exactitud el "Gran Bienhechor de la humanidad."

Además, por todo lo expuesto se comprende perfectamente cuán razonables y legítimos son los privilegios que bajo la denominación de "Inmunidad Eclesiástica" corresponden por ordenación divina á los ministros del santuario. Estos privilegios, entre otros, son: 1º, el del "Canon," que consiste en que no pueden ser maltratados ó injuriados en sus personas físicas, sin que incurran en excomunión mayor los que tales atropellos cometieren: 2º, el del "Foro," en virtud del cual no pueden ser juzgados en causas civiles ó criminales, sino por la autoridad eclesiástica, fuera de los casos permitidos por los Sagrados Cánones: 3º, el de "Exención" del pago de impuestos y otras gabelas que legítimamente se imponen por la autoridad civil á los que son simples ciudadanos [1]. Estos privilegios, que son de todo el "Orden Eclesiástico" tienen su razón de ser en la índole propia del Sacerdocio, que, como hemos visto, es no sólo la dignidad más augusta que pueda Dios conceder á

1. Sanguineti, *Inst. Juris Eccl.*, pág. 132 et seq.

un hombre sobre la tierra, sino también el beneficio más insignificante que pueda otorgar á la sociedad.

Nada importa que en los tiempos actuales se desconozcan estos privilegios. No pierden por esto su fuerza y legitimidad, puesto que la Iglesia jamás ha consentido en este despojo; y ya que no se ha hecho caso de su voz, protesta al menos con aquella tolerancia meramente pasiva con que sufre otras vejaciones de la impiedad.

Por lo tanto, venerables hermanos, vosotros que por un rasgo especialísimo de la bondad de Dios estáis investidos de esa augusta dignidad, penetraos bien de su grandeza, vivid de tal manera, que seais fieles imitadores de nuestro adorable Salvador, y pensad qué agradecimiento será digno de tan grande beneficio. Si el Santo Rey David, al verse elevado por Dios, de pobre y humilde pastorcito, al trono resplandeciente de Israel, se llenaba de confusión y no cesaba de exclamar: *¿Quid retribuam Domino pro omnibus quae retribuit mihi?* ¿qué deberá decir el Sacerdote, que del fango del mundo ha sido elevado por el Señor sobre los monarcas y los reyes, sobre los ángeles y demás espíritus celestiales, para desempeñar en el mundo el augusto cargo de embajador del Rey supremo de los cielos y de la tierra? ¡Ah! en vano pedirá á los astros del firmamento el armonioso lenguaje con que cantan las glorias de Dios! ¡En vano pedirá á las fuentes el dulce susurro de sus aguas y á los bosques el poético murmullo de sus hojas! Todo

el cántico de la creación es insuficiente para agradecer un beneficio tan grande como el Sacerdocio.

Y vosotros, amados hijos en el Señor, respetad y con todo vuestro corazón amad á los Sacerdotes. Esta es la voluntad expresa de Dios en las santas Escrituras. "Hijo mío, nos dice el Espíritu Santo, con toda tu alma teme al Señor y reverencia á sus Sacerdotes. Ama á tu Creador con todas tus fuerzas y no desampares á sus ministros." (1)

Penetrado de estos sentimientos el Emperador Basilio de Constantinopla, en la exhortación que dirigió á su hijo León le decía: Honra sobremanera á la Iglesia, que es tu madre y te ha criado con la leche de la gracia, y para la gloria de Dios y de Jesucristo ha puesto sobre tu cabeza la corona del Imperio. Honra y reverencia á los Sacerdotes, como á padres espirituales y mediadores ante Dios en favor nuestro. El honor que se les da pertenece á Dios y el desprecio que se les hace provoca grandemente su indignación." [2]

Cuidad, por lo tanto, de observar con los Sacerdotes aquellas demostraciones exteriores de respeto que nos enseña la urbanidad cristiana. No permitáis que en vuestra presencia se hiera su honor ó vilipendie su ministerio. Alejad de vuestras casas los periódicos ú otros escritos de cualquiera clase que sean que se ocupen de ultrajarlos. Cumplid religiosamente con

1. Eecl., c. 7. v. 31.

2. Bibl. SS. Pat., tom. 5, cap. 3.

los deberes que os impone la Iglesia para proveer á la cóngrua sustentación de sus ministros; y por último, procurad ayudarlos con generosidad en las obras de celo que para la mayor gloria de Dios y provecho vuestro promovieren.

Dichosos vosotros, si juntamente con el amor de Dios conserváis el amor y respeto á los Sacerdotes. Recibiréis en esta vida abundantes bendiciones celestiales y en la otra el premio inefable que tiene Dios reservado á los que amen y respeten á sus ministros.

Estos son los deseos de vuestro amantísimo Prelado, que con toda la efusión de su alma os bendice en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de Chilapa el 24 de Abril de 1894.

† Ramón,

Obispo de Chilapa.

Por mandato de S. S. I.,

Pbro. Pedro M. Moctezuma,

Stio.

Esta Carta Pastoral se leerá *inter missarum solemnium* después del Evangelio en Ntra. Sta. Iglesia Catedral y en todas las Parroquias y demás Templos de Ntra. Diócesi el domingo siguiente ó primer día festivo después de haberla recibido, y podrá dividirse su lectura á juicio de los Párrocos ó Sacerdotes encargados de leerla.

005103



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA